

Índice

Prehistoria	6
Época castreña	8
Época romana	10
Edad Media y Edad Moderna	12
Siglo XX	15

MONTES SACRADOS	16
1 El dios Taranis y los megalitos. Ascensión a El Visu	18
2 Monsacro, la montaña sagrada. A las capillas de Monsacro	22
3 Monte Areo. La necrópolis de Areo	28

BRUXES, DIAÑUS Y LLOBOS	34
4 Buscadores de tesoros. Ruta a la cascada Méxica	36
5 El hombre lobo. Ruta la Viña	40
6 San Pedras. Ruta de Folgueirou a Illano	46

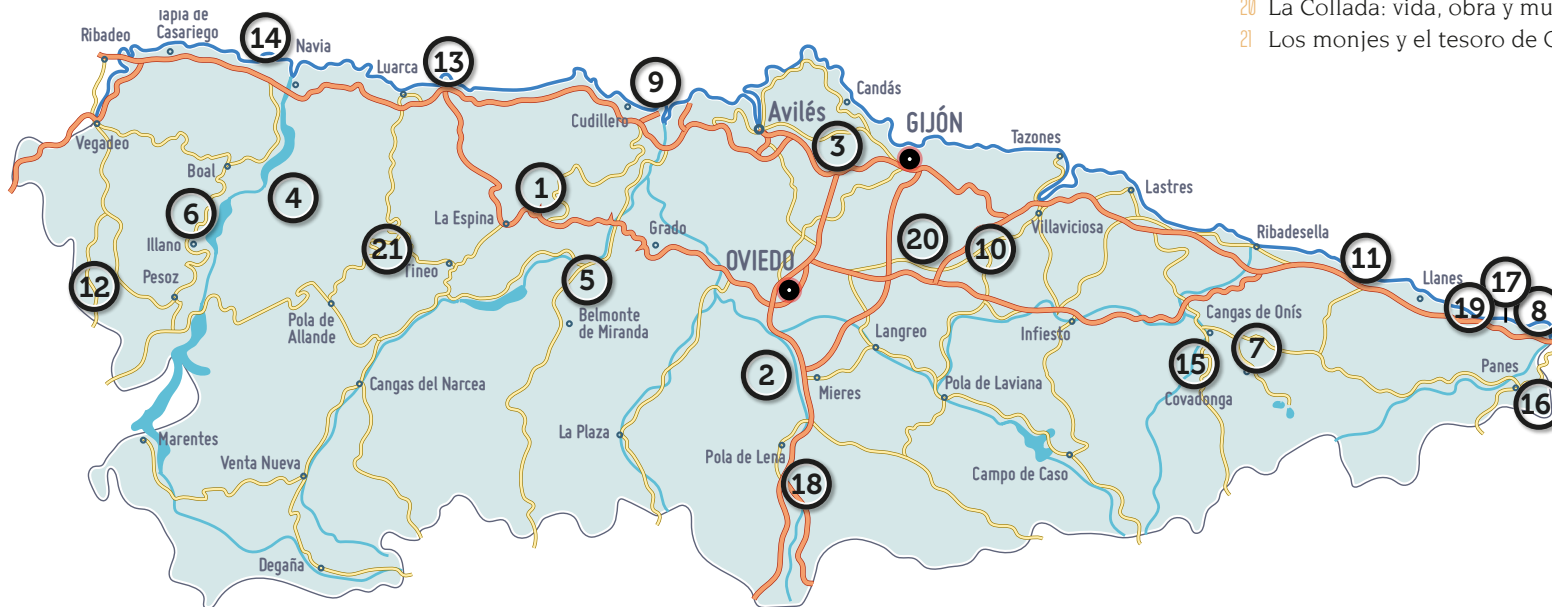
SERES MÁGICOS	52
7 El Cuélebre de Corao. Aldeas de Tarano y Labra por el cerro Iguedo	54
8 Historias de Xanas. Ruta del valle oscuro	60
9 Sirenas y caballeros. Ruta costera de los miradores	68

ALMAS ERRANTES	76
10 La Güestía o Santa Compañía. Ruta de las capillas de ánimas	78
11 Una de fantasmas. Monasterio de San Antolín de Bedón	84
12 El valle del desterrado. Cascada Seimeira	90

LAS LEYENDAS EN LAS TRADICIONES	96
13 Cueva Blanca. Ruta: Lluarca por la playa de Cuevas	98
14 La Barquera. Senda costera a Loza por el faro de San Agustín	106
15 Pelayo y el santuario de Covadonga. Ruta por la Vega Orandi	110

EL AGUA, FUENTE DE LEYENDAS	114
16 Diosa Deva. La cueva de La Loja	116
17 Santu Medé. La cueva del Pindal	120
18 La Virgen de Bendueños. Ruta al santuario de Bendeños	126

CULTO, MAGIA Y RELIGIÓN	130
19 Ídolo de Peña Tú. Ídolo de Peña Tú y bufones de Arenillas	132
20 La Collada: vida, obra y muerte. La ruta de los cuatro jueces	138
21 Los monjes y el tesoro de Obona. Monasterio de la Obona	144



Introducción

Elegir la senda que nos lleve a comprender la gran dimensión espiritual y las creencias de Asturias es una empresa que se antoja irrealizable. Recopilar todo el compendio de historias, leyendas, y mitología con la que cuenta la cultura asturiana desde sus comienzos hasta bien entrado el siglo XX es un cometido de mucha profundidad. Pero en esta guía sí recogemos algunas de estas creencias y supersticiones, de distintas épocas, y lugares de culto donde pudieron nacer, el entorno donde los hechos cristalizaron y se convirtieron en leyendas. Es cierto que el paisaje no es el original siempre, ha habido cambios, lo que nos ofrece otro punto de vista, pero la mayoría de escenarios aún gozan y conservan un parecido con lo que pudieron ver y experimentar los pobladores de esta tierra, cada uno en su momento y tiempo en la historia.

Recorrer un trecho de esta larga y laberíntica senda en 21 rutas es una oportunidad de entrar en contacto natural con ese entorno mágico, y trasladarnos con nuestra imaginación a aquel mundo cultural, donde se desarrollaron las historias y creencias que fueron el origen de las leyendas.

Hace miles de años la tierra era tan fértil como misteriosa para los hombres y mujeres del Paleolítico y del Neolítico, y en esa estrecha convivencia con el medio natural tenía cabida el respeto hacia lo desconocido, enraizado en el temor, sin duda, pero que les llevó a un estado de adoración a los elementos y fuerzas de la naturaleza, como así lo expresaban a través de sus diosas, dioses, entierros,

pinturas en las cuevas, menhires y dólmenes, muchos de los cuales siguen presentes, una huella del pasado, testigos atemporales de aquella magia, ritos y arte de los que el ser humano de la actualidad es heredero.

Prehistoria

En la prehistoria, Asturias estuvo habitada principalmente en el área de la rasa costera, aunque las tierras del interior solían ser colonizadas durante los meses más cálidos. En ese periodo, fue frecuente el uso de cuevas como estancias cotidianas. Además de ofrecer refugio, las cavidades eran también lugares o centros de culto, a la vista está en las representaciones de la vida cotidiana o creencias que han quedado recogidas en muchas de ellas.

Las había que combinaban ambos usos, esto es, vivían en ellas y además practicaban en su interior los ritos y cultos que regían su existencia. Otras, en cambio, solo fueron escenario de sus representaciones de arte rupestre o santuarios. No se sabe a ciencia cierta cuál es la razón de dicha discriminación.

Durante el Paleolítico Superior el desarrollo social en aquellos grupos de humanos adquirió una importancia destacada, estos hombres y mujeres podían comunicarse y compartir experiencias, y como consecuencia de ello, las pudieron plasmar en las paredes de sus cuevas. En Asturias hay muchas cavidades que pode-

Castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo. ■



mos visitar para admirar aquel arte parietal. Por citar algunos ejemplos, ahí está la cueva del (Pimiango), donde aparecen grabados y pinturas de animales como bisontes, caballos, ciervos, peces y mamuts en un entorno enmarcado dentro de un espacio natural protegido en la actualidad que aún rezuma la carga de misterio y magia que dio origen a numerosas leyendas. O la cueva de Loja Panes, a la orilla del río Deva (Diosa) donde se pueden ver representados cinco bóvidos, seguramente uros, y un sexto de difícil y discutida asignación, probablemente un caballo. También tenemos los yacimientos descubiertos en las cuevas situadas en las cercanías del río Cabra, en cuyo nacimiento casi percibimos las vibraciones mágicas a causa de la presencia de algún ser mitológico...

Entre los años 9.000-8.000 a. n. e. la retirada de los hielos y del frío hace que poco a poco abandonen el refugio de las cuevas. En el litoral asturiano está ubicada una cultura propia denominada asturiense. El Neolítico es el momento en el que la ganadería y la agricultura vertebran la vida de estos seres, y es la fecha que podemos otorgar a la mayoría de los dólmenes y túmulos (megalitos), posiblemente ligados a un control de los territorios y también a cultos y prácticas de carácter funerario. Y como se generaliza el aprovechamiento del metal y su uso con ciertas influencias indoeuropeas y motivos célticos, tanto en la Edad del Cobre como en la Edad del Bronce y del Hierro, se empiezan a construir los castros.

Época castreña

En la Edad de Hierro se desarrolla en las tribus astures una nueva cultura. Estos grupos de humanos solían ser pequeños núcleos de población que se unían bajo una misma identificación tribal y se repartían los territorios

creando fronteras bien definidas. Nació la sociedad castreña, o cultura castreña, y erigieron los primeros castros, poblados fortificados debido a las luchas que había entre tribus, pequeñas reuniones de cabañas que contaban con ciertas “comodidades”. El castro de Mohías, en Navia, en buen estado de conservación, se extiende so-

bre una meseta donde se han podido exhumar unas veinte cabañas, y está protegido por tres fosos excavados en roca con una muralla algo perdida, estuvo ocupado en los siglos I-II de n. e. Estos grupos sociales fueron enriqueciéndose de sus propias experiencias y creencias, forjando una cultura espiritual con cultos a

distintos dioses, y que practicaban una serie de ritos que podemos clasificar en dos grupos diferenciados: por un lado, los ritos funerarios y por otro, los rituales cotidianos referidos a dioses, druidas, objetos y mitos de carácter mágico. Destaca Navia Diosa precéltica, diosa de la fecundidad y de carácter acuático que



Cabaña de teito, evolución de la vivienda castreña. ■

está vinculada a los ríos y manantiales. Pues-
to que el nombre, Navia, puede traducirse
como “la barquera”, también desempeñaba el
papel de mensajera de la muerte.

Las lecturas y referencias que en la actuali-
dad tenemos de este mundo espiritual están
recogidas en los escritos que los romanos de-
jaron sobre sus tradiciones, y algunos restos y
costumbres que se pueden ver y reconocer aún
en la propia cultura tradicional de Asturias, que
tiene un fuerte parecido con la cultura celta.

De la mencionada cultura castreña llama la
atención la falta de restos funerarios; tanto es
así que se llegó a decir de los astures que “vivían
pero no morían”. Esta falta de restos se podría
justificar con algún tipo de ritual crematorio,
claro que la ausencia de evidencias tanto de los
lugares en los que hubieran realizados los ritos,
como la imposibilidad de haber encontrado al-
gún tipo de urnas para cenizas o zonas delimi-
tadas a tal fin, no nos lo ponen fácil y es una
cuestión que sigue intrigando a los expertos.

Las pruebas físicas evidentes en torno a la
relación de los astures con la muerte son las
estelas funerarias, aunque sin tener asociadas
restos humanos.

Es a partir del siglo I de n. e. cuando empieza
a ser frecuente su uso. En muchas de las es-
telas encontradas aparecen inscripciones en
latín, evidencia clara de una influencia roma-
na, por lo que ya no se las puede considerar
totalmente astures. Sin embargo, es en los
rituales de la vida cotidiana donde sí parece
estar bastante claro que para estos pueblos la
magia era vital y que todo giraba alrededor de
los elementos naturales, montañas, bosques,
ríos y árboles, considerados en muchas ocasio-
nes lugares sagrados. Sus dioses derivaban de
tales fuerzas asociándolas a nombres propios.

En algunos lugares de Asturias se encuen-
tran restos de estelas con inscripciones que

podrían referirse a posibles dioses, algunas in-
dicaban la particularidad de terrenos fértiles,
otras contenían el nombre que indicaría un lu-
gar sagrado en un bosque o el propio bosque.

Época romana

Durante los casi mil años transcurridos entre
el fin de la Edad del Bronce y el pleno esta-
blecimiento romano, no se conoce en Asturias
otra modalidad de asentamiento que el forti-
ficado en forma de castros. Durante todo este
tiempo los romanos cambiaron desde las cos-
tumbres hasta el paisaje y dejaron una huella
casi imborrable y marcada en el territorio para
los habitantes de los castros. Sus vidas cambió
radicalmente una vez fueron incorporados al
imperio. Así, los castros comenzaron a desa-
parecer y sus pobladores buscaron nuevos asen-
tamientos en los valles, dando paso a las villas
y núcleos de población algo más grandes.

El imperio romano trajo consigo una cultu-
ra más avanzada y una religión nueva basada
en semidioses, dioses y seres mitológicos a
los cuales veneraban a cambio de alguna pe-
tición o favor personal. Destacaban los que
representaban a algún elemento natural o su-
ceso. Sabemos que los romanos tenían por
costumbre asimilar las creencias y dioses de
los pueblos conquistados, sobre todo si con-
sideraban que estos habían intervenido en su
favor. Además esta estrategia les favorecía de
cara a conseguir que los pueblos conquista-
dos se “dejarán” conquistar y se avinieran con
la cultura romana.

El culto a esos dioses era algo muy impor-
tante e influía en la toma de decisiones, tanto
para la propia administración como para deci-
siones de estado. Y en esas dos líneas se mo-
vían sus ritos: por un lado, tomaban cuerpo en
rituales o ceremonias con ofrendas dedicadas



Pegollo de hórreo (Hórreos de la Ruta Capilla de Ánimas).

a los dioses que representaban a la naturaleza
para así intentar que esta les fuera benigna,
y por otro lado, impulsaban actos para adop-
tar y procurar justicia, o decisiones de estado
siguiendo los dictados de la voluntad divina.

Para dirigir y organizar todos estos rituales
existía una clase sacerdotal, sacerdotes y sa-
cerdotisas de distintos rangos. Entre los más
importantes estaba los pontífices que presi-
dian los cultos tanto públicos como privados.



■ La Creu de la Victòria.

También los augures ocupaban una posición importante puesto que adivinaban el futuro a partir de las interpretaciones de distintas señales tras realizar su particular ritual.

Los dioses romanos, como en otras culturas, también se asentaron en Asturias. Se estableció su cultura y religión al tiempo que contaban con la posibilidad de obtener el derecho a ser ciudadanos romanos. De esta forma la religión y los mitos romanos formaron parte de un cóctel en el que también entraron los dioses astures. El culto al dios Taranis, uno de los más importantes de todo el panteón, comparado por los romanos con Júpiter, señor del cielo y del tiempo atmosférico y dios supremo al que se le consagraban los montes, lugar donde moraba, atribuyéndole los epítetos “optimus et maximus”.

De los varios ejemplos conocidos de adoración a Taranis y cultos en montes considerados sagrados en Asturias destacamos el lugar conocido en el concejo de Salas como El Táranu. Se dice de este lugar que el sol nace tras el monte Muxagre, situado al este de la población, para alcanzar al medio día la cúspide de otro mon-

te llamado Picu el Visu. Este se eleva en la rica cuenca fluvial del río Nonaya y su silueta se reconoce a mucha distancia, tanto que marcaría un hito en un camino legendario, el Camino de Santiago. Ubicada en la falda de este monte hay una iglesia prerrománica, y una ruta Vía Crucis que lleva hasta una ermita del siglo X.

Pero además de imponer su cultura y religión, los romanos tenían otro interés más terrenal, el oro, metal sagrado relacionado con el sol y de esencial importancia en la historia de la humanidad. El oro que podían extraer de las montañas asturianas justificaba su asentamiento en una tierra incomoda de relieve escabroso y gentes de espíritu guerrero. Durante los siglos I y II la extracción del preciado metal fue el motivo que vehiculizó la organización de la vida de los pueblos indígenas y su extracción influyó en los mitos en la cultura y el folclore.

La actividad minera y prospecciones auríferas dejaron grandes cicatrices en laderas y cárcavas en muchos lugares de Asturias, una marca y un arraigo que se convirtió en suelo fértil para leyendas relacionadas con el oro en muchos de los concejos donde tuvo lugar dicha actividad. La tradición oral estimuló las historias de tesoros ocultos, pucheros llenos de oro, o palacios completamente hechos de oro.

En los siglos siguientes en Roma apareció una nueva religión, el cristianismo, que se iría expandiendo con rapidez. Sus seguidores, como bien sabemos, fueron perseguidos por el imperio, lo que no impidió que día a día tuviera más seguidores entre el pueblo romano.

Edad Media y Edad Moderna

Tras la caída del Imperio romano Asturias se adentra en una de las etapas más desconocida y oscura de su historia, dada la poca recopilación de restos arqueológicos y fuentes



Exterior de la Cámara Santa, catedral de Oviedo. ■

de este periodo, pese haber pasado por estas tierras, suevos, visigodos y musulmanes.

Comienza para los pobladores una etapa de integración y asimilación de la religión cristiana, un proceso no exento de dificultad que se vio retrasado por la orografía complicada del terreno. Este periodo de transición se extendió hasta el siglo VIII, momento en el que se fundó el Reino de Asturias, el cual nace tras la batalla de Covadonga. Eran tiempo de la Reconquista, que trajo consigo la leyenda de Pelayo y el lugar sagrado de Covadonga, quien resistió los ataques de los musulmanes refugiado en las montañas acompañado de un puñado de hombres, aunque cuentan que contaron con la ayuda de la Virgen María.

Las montañas asturianas fueron, sin duda, un factor determinante debido a la seguridad que ofrecían y a su atracción mística, muchas de ellas sagradas y ligadas a acontecimientos históricos. Hablamos de montañas como el Monsacro (Monte Sacro), en la que se funden historia y religión, un lugar sagrado y mágico desde tiempos inmemoriales, pues se cree que allí se rendía culto a Teleno, dios astur. En la cueva del Ermitaño y un pozo llamado de Santo Toribio dicen que se ocultó el arca santa, con las sagradas reliquias y el santo sudario (que en la actualidad están en la cámara santa de la catedral de Oviedo), traídos desde Jerusalén en su huida de la expansión

persa y árabe, relato que se vincula también con la orden de los Templarios.

Más tarde se construyeron dos ermitas, no exentas de sus propias leyendas. Así que leyenda, religión historia y tradición se funden en la cumbre del Monsacro.

La aparición de la tumba del apóstol Santiago marcó otro punto de inflexión en la historia del cristianismo, fue muy importante para todo el mundo cristiano, pero en Asturias se vivió, tal vez, de manera especial o con más trascendencia. El rey Alfonso II el Casto fue el precursor y primer peregrino del camino que llevaría hasta la tumba del apóstol. Él promovió el primer templo en Compostela, lo que fomentó el fenómeno de la peregrinación desde la cámara santa de Oviedo hasta el sepulcro de Santiago.

Esta peregrinación adquirió tal importancia en toda Europa que en el año 1.222 el rey Alfonso IX de León otorgó un privilegio por el que se ordena que la ruta desde El Salvador de Oviedo pase por el monasterio de Obona (Tineo) y continúe por Allande. “Quien va a Santiago y no al Salvador, visita al criado y olvida al Señor”, se decía. Y eran tantos los postulantes que transitaban por este camino que los monjes benedictinos levantaron monasterios y hospitales para atenderlos, ayudados en su gran mayoría por las donaciones de comunidades religiosas, familias de nobles y reyes, quienes comulgaban con las directrices que marcaba la virtud cristiana de servir a Dios, a Santiago y a la caridad.

Estos tiempos se sitúan entre los siglos XVI y XVII, cuando la sociedad asturiana era de carácter rural, muy poco o escasamente desarrollada, formada fundamentalmente por campesinos y nobles para los que el sustento llegaba de la mano de la ganadería y la agricultura. No era una tierra rica aquella, si bien la llegada del cultivo de maíz acarreó un leve crecimiento que mejoró las condiciones existentes.

Eran tiempos en los que las vías de comunicación eran escasas e inseguras, por lo que los pueblos vivían casi aislados, con unos niveles de conocimiento exigüos, una escasa o nula alfabetización, asentados en lo que la vida cotidiana les aportaba a través de la sabiduría popular adquirida de sus propias experiencias y costumbres y que era transmitida por vía oral de padres a hijos. Era una manera básica de explicar y comprender cualquier cuestión relacionada con el día a día, y en la que era inevitable que se produjera una alianza entre el mundo real y el mundo mágico, donde los seres mitológicos tenían fuerza e importancia porque intervenían en multitud de acontecimientos. Hablamos de seres como los cuélebres, las xanas, el lobo cerval, la güestia, la santa compañía, e incluso demonios de las más variadas características, por citar algunos de tantos, que encontraban el apoyo de amuletos o piedras mágicas, y prácticas de brujería, con su ungüentos, conjuros y aquelarres.

Porque brujas, haberlas las hubo en esta tierra de paisajes y rincones de umbría y oscuridad. Todo el territorio asturiano está marcado por lugares destacados y bien conocidos en los que tenían lugar dichos ritos y prácticas; cuevas, bosques, cruces de caminos o ríos fueron los escenarios idóneos. El eco de todas ellas llega hasta nuestros días en forma de leyenda; las hay a cientos, como la de la cueva del Pímpano, en Villayón, donde la práctica de aquelarres para invocar al demonio era al parecer habitual. O el caso, quizás el mejor documentado en Asturias, sobre la existencia de una bruja llamada Ana La Llobera, en Bricia, Llanes, muy conocida en esta tierra que vivió de primera mano los enjuiciamientos de la Santa Inquisición. Esta institución fue un problema añadido al mantenimiento de cualquier creencia o práctica consideradas paganas por la doctrina católica.



Hórreo en el occidente de Asturias.

Así las cosas, esta religión instaurada, durante la edad moderna, se empeñó en erradicar y perseguir las prácticas y creencias paganas, para lo que no dudo en santificar fuentes, levantar iglesias y capillas en los lugares que habían sido utilizados desde antiguo para otros cultos, se aprovechó del arraigo popular que tenía los mitos y lugares naturales, y se hizo con ellos y los rebautizó en su beneficio. Fue un trabajo arduo e intenso para borrar la huella del rastro pagano, pero aun y todo no consiguieron “camuflar” todos.

Siglo XX

La persecución siguió en el siglo XX de la mano de los estamentos sociales establecidos; curas, médicos, maestros y alcaldes invirtieron tiempo y trabajo en ridiculizar lo que quedaba fuera de las tesis oficiales, lo que escapara de los razonamientos y conocimientos establecidos desde la religión católica, y sembraron con semillas de inferioridad e inseguridad las relaciones sociales, con sensaciones y sentimientos extremos que no admi-

tían dudas, con calificativos que convertían lo no oficial en rareza ofensiva, singularidad no aceptable y folclore local con carga negativa.

Fue una labor hecha a conciencia, una limpieza incisiva que se llevó a cabo con la pulcritud necesaria como para que el olor del séptico del catolicismo no la estropeará. Es de agradecer que muchas leyendas, historias, costumbres y rincones condenados a muerte logran sobrevivir y perdurar, y llegar hasta nuestros días, si bien el riesgo de la desmemoria no ha desaparecido: han muerto pueblos enteros y con ellos, sus tradiciones, desde el folclore hasta el idioma asturiano.

Está en nuestras manos mantener vivo ese mundo místico, transmitir las leyendas que perviven y compartir el estudio y el conocimiento con el fin de conservar e incluso recuperar los valores que en un tiempo pasado fueron el sendero que siguieron nuestros antepasados, los valores de nuestros predecesores que han escrito nuestro futuro y han hecho de nosotros lo que somos.

No es buen augurio encontrarse con la Güestía, esa larga procesión de espíritus que nadie sabe a donde se dirigen y portan huesos que desprenden llamas. Quien se tope con ella sabe que le ronda la muerte, lo mismo que si paran junto a una casa, alguien morirá en los siguientes días.

La procesión suele ir encabezada por un mortal, hombre o mujer dependiendo de si el patrón de la parroquia es un santo o una santa. Quien les guíe no recordará nada durante el día y será

identificado porque irá adelgazando y empalideciendo cada día. Su destino también está escrito: se debilitará hasta fenecer o hasta que le pase el testigo a otra persona a la que sorprendan en su vagar nocturno. La Santa Compaña camina de noche y exclama con voz trémula: *“Andai de día que la noche ye mía”* (Andad de día, que la noche es mía). Entona cánticos fúnebres, toca una campanilla y se dice que, a su paso, los ruidos del bosque cesan, los perros aúllan enloquecidos y los gatos huyen despavoridos.

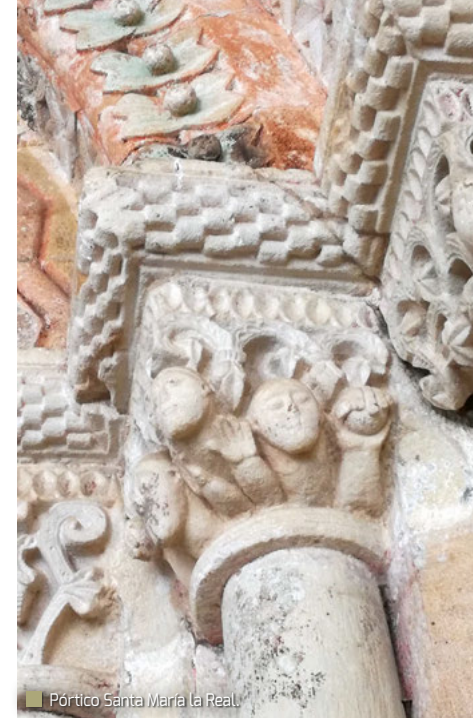
■ Iglesia de San Salvador de Valdedios, conocida como El Conventín.



■ Monasterios de Valdediós

La iglesia de San Salvador, el Conventín, es prerrománica, abovedada de tres naves con capiteles cúbicos, detalles mozárabes en sus alfiles, celosías y arcos, y rastros de pinturas coloridas, elementos visigodos y otros como cruces y crismones. Exponente de la arquitectura asturiana del siglo IX, formaba parte de un complejo palatino mencionado en la Crónica de Sampiro, que recoge acontecimientos entre los siglos IX y XI, y en obras posteriores del siglo XII.

Santa María la Real fue construida en el siglo XIII tras ceder el rey Alfonso IX de León y su esposa Berenguela de Castilla el valle de Boiges a los monjes del cistercienses. Destacan la iglesia, con magníficos retablos, y el claustro, de estética cistercense y arquitectura tardorrománica. Su historia recoge inundaciones, un incendio, un colegio, un centro psiquiátrico, seminario e incluso un fusilamiento.



■ Pórtico Santa María la Real.

CONCEJO DE VILLAVICIOSA COMARCA DE LA SIDRA

Durante todo el periodo de la monarquía Astur, Villaviciosa fue denominada Maliayo. En 1.270 Alfonso X el Sabio otorgó a sus habitantes la carta de fundación de puebla o villa, que luego pasaría a ser Villaviciosa.

En aquellos tiempos contaba con presencia de monjes cistercienses, ubicados en un valle del territorio Boiges, un paraíso de bosques y pastizales por el que corren las aguas del arroyo Asta y que terminó llamándose valle de Dios.

El lugar enamoró al rey sabio.

Más tarde, en los albores del siglo XVI, un joven Carlos De Gante desembarcó en Villaviciosa llegado desde Tazones. El príncipe venía a hacerse cargo de los reinos de Castilla y Aragón y Villaviciosa se postró ante el futuro rey y emperador y recibió como premio las armas imperiales, como consta en su escudo.

Es lugar de interés la iglesia parroquial del siglo XVIII.

En lo que al medio natural concierne, la ría acapara el mayor interés de la costa asturiana debido a su vegetación, fauna y procesos geomorfológicos y ecológicos. Es un estuario con poco caudal de agua dulce y una importante influencia de las mareas, lo que determina la existencia de una vegetación peculiar, tolerante a la salinidad marina.

Por otro lado, en los fangales que emergen con las mareas bajas acostumbran a corretear multitud de aves limícolas migratorias en busca de peces, crustáceos, moluscos, gusanos...

También acaparan interés los yacimientos paleontológicos, tanto es así que junto a los de Colunga y Ribadesella son monumento natural declarado. Es un gran área que se extiende por la costa desde cabo Torres, al oeste de Gijón, hasta unos dos kilómetros al este de Ribadesella, y se caracteriza por las formaciones de rocas

del periodo Jurásico, de 200 millones de años de antigüedad. En ellos encontramos huellas de dinosaurios, icnitas, que quedaron marcadas tras el paso de aquellos gigantes sobre los blandos sedimentos de las áreas pantanosas.

RUTA

Las capillas de ánimas

En Grases, al pie de la carretera se encuentra la capilla de ánimas. La dejamos a mano derecha y, unos metros más arriba, se abre a la izquierda un camino que va a la iglesia de San Vicente de Grases. De su origen románico guarda algunos canecillos. Uno de ellos presenta una cabeza de bóvido muy similar a las que aparecen en la colegiata de Santa María

de Arbas; otro es la figura de un caballo con la boca abierta. Durante unas reformas, en 1925, descubrieron en uno de sus muros una lápida votiva a Tabalieno, del siglo II, realizada por los lugones arganticaenos una de las nueve tribus astures que cita Tolomeo. La lápida se conserva en el muro interior del pórtico.

Bajamos por el camino hasta el río Valdediós que nos acompañará durante prácticamente todo el camino. Lo cruzamos por un pequeño puente y continuamos ahora en ligera pendiente. Sin desviarnos, llegaremos a otro camino algo más ancho; lo tomaremos a nuestra derecha para continuar entre la arboleda del río y su vegetación ribereña.

Llegamos a una explotación ganadera que quedará a nuestra derecha en la parte alta del camino, y luego un cruce con una señal que

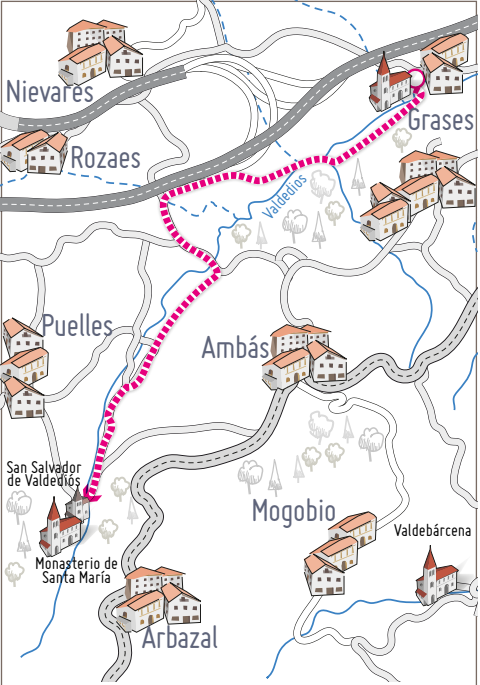


Curso agitado del río Valdediós. ■

indica: “Camino de Santiago”, hacia la derecha, y otro camino más estrecho que continúa recto, por el que vamos. Ambos nos llevan al mismo lugar, pero este es más atractivo y agradable.

Siempre de frente y recto, el camino atraviesa un frondoso bosque autóctono y desemboca en asfalto, que tomaremos a la izquierda siguiendo las indicaciones: “Ambas”.

Vamos dejando a la derecha una explotación agrícola con invernaderos hasta otro



■ PUNTO DE INICIO Y LLEGADA: Iglesia de San Vicente de Grases - Monasterio de Santa María de Valdediós. (Villaviciosa). ■ DISTANCIA: 5 km. ■ DESNIVEL: 113 m en ascenso, 25 m en descenso. ■ DESNIVEL DE BAJADA: 65 m. ■ TIEMPO: 1 h 50 min. ■ NOTA: Recomendamos dejar un coche en el monasterio de Valdediós e ir en otro coche hasta el inicio de la ruta en Grases, y completar la visita guiada del monasterio (consultarse los horarios).



Claustro del monasterio de Santa María la Real. ■

cruce, donde vamos a la derecha: “Rivera”, con marcas del Camino de Santiago. Vamos por asfalto junto a campos de labor, casas, hórreos, antiguos molinos hidráulicos... A la salida de Rivera tomamos hacia la derecha una amplia carretera que nos conducirá hasta el monasterio de Valdediós, lugar histórico y mágico, joya del prerrománico asturiano. Recomendamos visitarlo y conocer su historia y leyendas.

■ Almas errantes

Los errantes y sufrientes de la Guestría vagan en la noche por los caminos próximos a camposantos. Para protegerse de ella deberemos dibujar en el suelo un círculo y entrar en él o acostarse boca abajo, o llevar una cruz, rezar sin escuchar los cánticos de la Santa Compañía o alejarse corriendo sin mirarla.

Ligadas a ella, se asoman al itinerario del Camino de Santiago las capillas de ánimas, erigidas entre los siglos XVII

y XIX como puntos de culto a los muertos y a las almas del purgatorio, altares en los que pedir limosnas y oraciones.

En general, están hechos con muros de sillarejo, cubierta a dos aguas o de bóveda tabicada, y dentro cuentan con una peana de madera en la que reposa el cepillo, cuadros o cruces pintadas de negro con la inscripción “Rogad a Dios por las almas del purgatorio”.

Destaca la capilla de Grases, de 1891, con una construcción más esmerada, un diseño más cuidado y mayores dimensiones.